

Estas palabras, que parecen un resumen de la enseñanza de este libro ejemplar, ¿no tendrán aplicación también en Sud América? ¿No ejerce también sobre nosotros lo yanqui en influjo pernicioso? El libro de Scheffauer debe abrir nuestros ojos.

GOYA, por Ramón Gómez de la Serna.—Ediciones «La Nave», Madrid, 1928.

El centenario de la muerte de Goya ha sido celebrado con la publicación de numerosos estudios en que la vida y la obra del pintor zaragozano se analizan con precisión y entusiasmo admirativo. Uno de los libros más interesantes que han visto la luz con motivo de este centenario es el que ha dedicado Ramón Gómez de la Serna al autor de los *Caprichos*.

Gómez de la Serna no es un especialista en pintura, pero es en cambio un admirador de Goya. Maneja en este libro, por primera vez, gran número de documentos, sin que ellos impidan al escritor manifestarse en la poderosa individualidad de su estilo y de sus observaciones. Posiblemente sea difícil de leer un libro de este género escrito por Gómez de la Serna. Pero la dificultad está compensada por los múltiples hallazgos que ofrece. Gómez de la Serna, acostumbrado a inspeccionar la vida cotidiana con mirada zahorí, descubre en la ya extinguida de Goya multitud de relaciones originales. Las páginas de este libro son páginas de singular riqueza psicológica, pero muy arbitrarias como crítica artística.

Tiene a su favor Gómez de la Serna para entender a Goya un factor que no siempre acompaña a los acostumbrados comentadores. Es su casticismo. Sólo un hombre tan castizo como el autor de *Pombo* puede entender la vena castiza que corre bajo la obra de Goya e informa todos sus aspectos y la hace resistir al tiempo y agrandarse a medida que los años pasan.

Y ese es el más alto mérito de este libro, desordenado, poco lógico y harto redundante.—S.